



HISTORIA

VERDADERA, Y EXEMPLAR.

DE LOS MAS EXTRAÑOS Y ESFORZADOS MARTIRES

DE JESU-CHRISTO,

QUE VENCIERON Y CANSARON LOS TIRANOS
mas inhumanos y crueles del Universo,

**SAN CLEMENTE OBISPO,
Y SAN AGATANGELO.**

SACADA DE LAS OBRAS DEL VENERABLE PADRE
Fray Luis de Granada y otros.

SU AUTOR D. HILARIO SANTOS ALONSO.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

En Valencia: En la Imprenta de Agustin Laborda, donde se ha-
llarán otras diferentes.



RESUMEN DE LA HISTORIA.

NACIMIENTO Y LINAGE DE SAN CLEMENTE.

Muerte de su padre antes de conocerle, y crianza que le dió su santa madre Sofia. Amonestacion que hizo á su hijo estando para morir, y Profecia que predixo de lo que le habia de acontecer. Exortale á los grandes martirios que habia de padecer por Dios. Muere Sofia, y queda San Clemente huerfano de padre y madre; mas la Divina Providencia le provee de otra madre tan noble y católica como la propia, llamada tambien Sofia. Prosigue criandole como muger santa y sábia. Virtudes de San Clemente en su niñez. Sus estudios: hacese Sacerdote, y llegan á hacerle Obispo; y lo que entonces executa. Principio de los martirios de San Clemente por Domiciano. No puede éste vencerle con sus tormentos, y se le remite al Emperador Diocleciano. Las crueldades que éste executa con el Santo. No puede vencerle; y desesperado se le remite á su compañero en el Imperio, Maximiano, á Nicomedia. Juntasele al Santo en la Nave donde iba San Agatangelo. Lo que les sucede en el viage. Llegan á la presencia del Emperador, y remítelos á Agripino, que executa con los Santos cruelisimos tormentos. No puede Agripino vencerlos, y los devuelve al Emperador. Este los remite á Ancira. Milagros que obró en el camino San Clemente. Son remitidos despues los Santos á Maximo y á Afrodisio. Martirios inhumanos que paden. Termino de su martirio.

EN el año de doscientos y cinquenta, despues del Nacimiento de nuestro Salvador, siendo Emperador Valeriano, nació esta dichosa planta en la Ciudad de Ancira, que es en la Provincia de Galacia. Era este Santo de muy alto y noble linage, y de padres ricos, aunque el padre era infiel; mas la madre, que habia por nombre Sofia, era muy católica y religiosa. Muerto el padre en las tinieblas de su error, quedòla este niño que criaba ella á sus pechos. Y despues de llegado á edad de poder ser enseñado, la madre empleaba todo su cuidado en adornarle de todas las virtudes. Y sintiendo la buena madre, que se llegaba el fin de sus días; tomando al hijo (que era ya de doce años) y abrazandole con grande amor, y deseando hacerle, no menos heredero de los tesoros del Cielo, que de su patrimonio, hablóle de esta manera.

Hijo mio, hijo muy amado, hijo que primero que vieses á tu padre, viste tu orfandad, mas Dios te ha sido padre, y él te

te ha enriquecido, pues él usó de tu orfandad para tu felicidad. Yo te di este cuerpo que tienes, mas Jesu-Christo te reengendró con su espíritu. Conoce ese padre, y procura que no tengas ese nombre de hijo en vano. Sirve á solo Jesu-Christo, y en él pon tu esperanza. Ca él es la inmortalidad, él la salud, y él es el que descendió del Cielo por nuestro amor, y nos levantó consigo á lo alto, y hizo sus hijos. Y por tanto, quien obedeciere á este Señor y Padre, vencerá todas las cosas, no solamente á los Reyes y tiranos que adoran los Idolos, mas tambien á los demonios que moran en ellos. Dichas estas palabras, y sus ojos llenos de lagrimas, comenzó á profetizar á su hijo lo que le habia de suceder en la vida, y así le dixo: Ruegote, hijo muy amado, por quanto viene ya acercandose una grande persecucion contra la Iglesia, que por todo lo que debes á esta madre que te crió, me otorgues esta gracia, y me des esta honra: que estés fuerte y constante en la confesion de Christo, y yo confio en él, ó hijo mio, que él pondrá en tu cabeza una corona florida de martirio. Por tanto, aparejate con tiempo, y con grande animo, para esta batalla, porque no te halle desapercibido. Ca no peleamos con flacos enemigos, ni por cosas de poco precio, sino contra muy poderosos adversarios, que son los demonios, y contra sus defensores; y el negocio de que se trata es la gloria y vida eterna, y la infamia y tormentos que nunca se acaban. Ni sean parte para vencer tu proposito sus promesas, ni tampoco sus amenazas; porque gran verguenza es, que muriendo constantemente los Caballeros por el Rey mortal de la tierra, no querer hacer nosotros lo mismo por el Rey inmortal de los Cielos; mayormente siendo tan desigual el galardón de los unos y de los otros. Porque, qué bien se puede hacer al muerto que nada siente? Mas muriendo por Christo, en premio de esta vida mortal, se da la inmortal; y por las riquezas y deleytes que corren con el tiempo, se da bienaventuranza perdurable. Mas qué digo? Por ventura, si aora no morimos, no habemos de morir poco despues, y pagar esta comun deuda del Genero humano? Mas la muerte que se padece por Christo no se puede llamar muerte; porque con la esperanza del galardón se alivia el sentimiento de su dolor. Y ante todas las cosas debes considerar, hijo, que el Hacedor del Universo se hizo Hombre por nosotros, y viniendo á la tierra, conversó con los hombres, y lo que sobrepuja toda admiracion, por nosotros, siervos ingratos, fue el Señor de la Magestad condenado, escupido, abofeteado, y finalmente muerto. Lo qual todo padeció por nosotros, y por nuestra salud, y por librarnos de la tiranía del pecado, y abrirnos la puerta del Cielo. Pues en qué razon cabe, que padecien-

ciendo él tales cosas por nosotros, no padezcamos nosotros algo por él? Estas cosas debes, hijo mio, imprimir en tu corazon, para que no haya cosa que te aparte de la caridad de Christo, no las amenazas de los tiranos, no nuevos generos de tormentos, no miedo de los Reyes, sino contra todo esto te esfuerquen los bienes que están aparejados á los Martires, y el Reyno del Cielo, que es el premio del martirio.

Estas cosas decia cada día la buena madre á su buen hijo, teniendo él ya canas antes de la edad, por su gran prudencia. Y estando ella para partir de esta vida, le dixo: Este es el premio que te pido, hijo mio, por los trabajos de la crianza, y por los dolores del parto, que sea yo glorificada en los miembros de mi hijo, porque ya yo me aparto de tí, y esta luz sensible mañana me faltará: por tanto, ruego-te, luz y vida mia, y entrañas mías, que no me falte esta esperanza. Una muger Hebrea parió siete Martires, y peleó en siete cuerpos; mas tú solo bastas para mi gloria, para que sea bienaventurada entre las otras madres. Ya yo, hijo, me parto de tí, y mi cuerpo se apartará de tus suavísimos ojos; mas mi anima estará siempre pendiente de la tuya; con cuya virtud confiadamente me presentaré ante el Tribunal de Christo, gloriandome en tus trabajos, y en las señales de las heridas que recibirás por él. Esto decia la buena madre á su hijo, y juntamente besaba todos sus miembros, diciendo: Dichosa yo que beso los miembros de un Martir, y los miembros que se han de ofrecer á Christo en sacrificio. Y diciendo esto, y abrazandole, y hablando dulcemente con él, acabó en paz, encomendando su espiritu á Dios, y el cuerpo á las dulces manos de su hijo.

Entonces el piadoso hijo, sepultado honrosamente el cuerpo de su madre, tomó el estado de la vida monástica, cumpliendo en esto el mandamiento de su madre, que era dexar el mundo, el que despues por Christo habia de dexar la vida. Quedando él, pues, en esta edad huerfano de padre y madre, tomó á Dios por Padre, el qual le proveyó de otra madre, que en el nombre, y en la nobleza, y en la santidad y riquezas, era semejante á la primera, porque tambien se llamaba Sofia; la qual noche y dia se ocupaba en la oracion. Y habiendo sido ella muy deseosa de tener hijos, carecia de ellos. Mas la Divina Providencia, que desde lo alto prevee todas las cosas, no consintió que su siervo en aquella tierna edad careciese de madre, y así le proveyó de ésta. La qual, como muger santa y sábia, criaba este nuevo hijo con tanto amor y cuidado, como si ella le pariera, y no era menor el amor y reverencia que él tenia á ella. Comenzó luego el santo mozo, como tierra fértil, á dar frutos de bendicion. Porque habiendo una grande esterilidad y hambre en la tierra de Galacia, él

récogía los niños huérfanos, y pobres, que andaban por las calles hambrientos y desnudos, y vestíalos y manteníalos, dándole para esto su buena madre con mucha alegría todo lo necesario para el reparo de sus cuerpos: mas él tomaba á su parte el cuidado de las animas, criándolas en toda virtud, y en la Fé y amor de Christo; y con este cuidado y doctrina, de tal manera les aprovechó, que andando el tiempo vinieron á padecer con él. Y de esta manera la buena Sofia, que antes carecía de hijos, vino á tener muchos y virtuosos. Mas Clemente en este tiempo, desechando de sí todo regalo del cuerpo, se mantenía con solas legumbres, acordándose de aquellos tres santos mozos que usaban de este manjar; mediante el qual, ni el fuego de los vicios, ni el horno de Babilonia pudo nada con ellos.

— Mas porque convenia que la candela se pusiese sobre el candelero de la Iglesia, ordenó Dios, que el que resplandecía con tantas virtudes enseñase á otros el camino de la salud. Y así, por comun consentimiento de los moradores de Galacia, le dieron primero cargo de proponer la palabra de Dios; y poco despues fue ordenado de Diacono y Sacerdote: y pasados dos años, quando él cumplia los veinte, viendo el pueblo en aquella edad las canas y madurez de la virtud, le escogieron por Obispo. Y puesto en esta dignidad comenzó á tener mayor cuidado de los huérfanos, enseñándoles toda buena doctrina, y administrándoles el santo Bautismo: y á la fama de esta buena institución acudían á él de los Lugares comarcanos muchos padres, ofreciéndole sus hijos para que él los doctrinase; los quales él criaba y enseñaba como si fueran sus propios hijos. Estos fueron los primeros frutos de esta buena planta.

— Mas tiempo es ya que vengamos á tratar de su martirio. Para lo qual es de saber que en este tiempo comenzó á imperar Diocleciano, el qual luego en el primer año de su imperio envió edictos á los Adelantados de todo el Imperio Romano, mandándoles, que á fuerza de tormentos desterrasen del mundo el nombre de Christianos, prometiendo grandes premios y favores á los que en esto pusiesen mayor cuidado. Llegando este mandamiento á Domiciano, Presidente de Galacia, fue ante él acusado Clemente, diciendo de él que habia traído gran número de mozos al conocimiento de Christo, y que condenaba el culto de sus grandes Dioses. Mandó luego Domiciano traer á Clemente ante sí, el qual procuró primero atraerle con blandas y fingidas palabras y promesas; mas el Santo ningun caso hacia ni de sus honras, ni de sus promesas, ni tampoco de sus amenazas.

Viendo el Juez su constancia, quitada esta máscara, comenzó á vomitar la ponzoña que tenia en su corazon; y así, desnudando al Martir, y amarrándole á un madero, mandó que le rasgasen las carnes



con garfios de hierro. De esta manera, ahondando las heridas, le arrancaron tanta carne, que ya se le parecia la figura y forma de las entrañas, y estaba tan descarnado y tan cubierto de sangre, que apenas los ojos de los que presentes estaban podian sufrir un tan doloroso espectáculo. Mas el Santo Martir ni se alteró en su animo, ni mudó el semblante de su rostro, ni dixo palabra alguna lastimera, ni dió los gemidos que suelen dar los que son atormentados; mas perseverando con mas seguridad que los que presentes estaban, y como si sintiera menos los dolores que los mismos que le atormentaban, ocupaba su animo en dar gracias á Christo, su Capitan, que le esforzaba. Y habiendose gastado mucho tiempo en este tormento, y estando ya cansadas las manos de los atormentadores, y perseverando él con un esforzado y generoso corazon, pretendiendo el Juez quebrantar aquella firme roca: No pienses, le dixo, que tu has de ser poderoso para vencer mi fortaleza; porque aunque estén cansados los que hasta aquí te atormentaban, yo mandaré suceder otros de refresco, que acaben de despojarte de toda la carne que queda, hasta descubrir todos tus huesos. Acudieron, pues, estos de nuevo, haciendo lo que los pasados, hasta cansarse tambien con ellos.

Mas aquel cruel tirano, maravillandose por una parte de la constancia del Martir, y por otra hallandose corrido y vencido de él, mandó que le desatasen del madero, el qual estaba tal, que hasta los ojos de los verdugos no sufrían verle; porque estaba despojado de su carne, y solamente parecia hombre, por quedar en él la armazon de los huesos, los cuales estaban bañados en sangre. Por lo qual el tirano, desesperado de poderle vencer por via de fuerza, volvió á tentarle con blandas palabras, y así le decia: Que siquiera por un breve espacio diese algun alivio á aquel miserable cuerpo, y no quiesse mostrar valentia y esfuerzo en una cosa tan vana, y padecer muerte por ella. Pero el Martir, no haciendo caso de estas palabras, respondió: Esta muerte con que me amenazas, quitando la vida á mi cuerpo, acarrea la inmortalidad á mi anima. Por tanto, ya que sabes esta mi determinacion, no cures de palabras, sino pon por obra todo lo que quisieres, y no dexes de probar todo lo que te pareciere intolerable de sufrir. Entonces el cruel tirano, tomado de su acostumbrada ira, dixo: Este hombre es un animal porfiado; por tanto heridle reciamente en la cara y en la boca; porque por tener él sola esta parte de su cuerpo sana, usa de esta libertad de hablar. Luego entre los Verdugos, los que eran mas humanos, le herian con las manos, y otros no osaban tocar en él, porque estaba todo su cuerpo tan deshecho, que apenas se podia tener en pie: mas los que eran mas crueles herianle con piedras en la boca. Entonces el santo Martir dixo: No es este para mí tormento; por-

porque grande honra es del siervo padecer lo que su Señor, el qual fue abofeteado, y su siervo San Estevan apedreado; y alivia este mi trabajo la imitacion de la Pasion, y la igualdad de la honra de los que son mayores que yo. Y diciendo esto, levantaba los ojos á Christo, su Capitan, dandole gracias con toda devocion.

Entonces Domiciano, perdida la esperanza de vencer al Martir, mandó que le volviesen á la carcel, y que dos hombres le llevasen del brazo, pareciendole que no se podría menear por los tormentos pasados. Mas aquel Señor, que confirma los flacos y levanta los caidos, no quiso que tuviese él necesidad de esta ayuda; mas desechando de sí los que le querian llevar, se fue por su pie á la carcel. Espantado el tirano de la grande fortaleza, dixo á los que presentes estaban: Tales soldados habia menester el Emperador, que tuviesen tales espíritus en las cosas arduas; pero él no será mas presentado ante mi Tribunal. Yo le enviaré al Emperador Diocleciano, porque él solo será poderoso para vencerle.

Y dicho esto, escribió al Emperador todo lo que habia pasado; y mandó llevarle preso de la Ciudad de Ancira á Roma, donde estaba Diocleciano. Viendose el Martir fuera de su ciudad, levantando las manos y el corazon al Cielo, comenzó á decir: Señor Dios, que ordenas todas las cosas para la salud del Genero Humano, y nos abres muchos caminos de salud, suplicote por esta mi ciudad, y por las animas que en ella han creido, para que no caygan en el lazo del demonio, ni sean engañadas con el artificio de los tiranos. No consientas que ellos sean desterrados de esta ciudad que los crió, sino tú, que volviste á Jacob á la casa de su padre, y libraste de las manos de Esaú, y hiciste que los huesos de Joseph fuesen llevados de la tierra de Egipto á la sepultura de sus padres, ten por bien de volverme á esta ciudad que me engendró y crió hasta la edad presente, para que así se la vuelva este su deposito. Hecha esta oracion comenzó alegremente su camino.

Llegado, pues, á Roma, y dadas las cartas á Diocleciano, mandó que le presentasen á Clemente. Viendo él su rostro alegre y generoso, y disimulando lo que tenia en su animo, y maravillandose de haber padecido lo que las cartas testificaban, dixo al Martir: Eres tú aquel gran Clemente, que tienes un esforzado y generoso animo? Mas fuera razon que ese animo empleáras en cosas grandes, y no en defender esa vana creencia, que provoca nuestra ira, y mueve nuestros Dioses á venganza, á los quales debes esa fortaleza que tienes, con la qual pudiste resistir á tan grandes tormentos, para que así vinieses al conocimiento de la verdad. Y diciendo esto, puso delante de los ojos del Santo oro, plata, vestiduras ricas, insignias de Magis-

gistrados y Dignidades que le prometia, y de otra parte instrumentos para atormentar, que eran manos de hierro, camas de hierro, ruedas y peynes de hierro, parrillas, calderas, asadores, sartenes, cadenas pesadas, y otra muchedumbre de instrumentos terribles de ver. Y hecho esto, mirando al Martir con blando rostro, y mostrandole aquellas riquezas, le dixo: De todo esto te haremos merced si adoras nuestros Dioses.

Pues apartando el Santo sus ojos de aquellas riquezas, y escarneciendo de ellas, y dando un gran gemido por lo que habian dicho, respondiò: Destruidos sean vuestros Dioses, y vosotros con ellos. Entonces el Emperador, mirando con rostro ayrado á Clemente, y volviendo los ojos á aquellos generos de tormentos: Estos, dixo él, están aparejados para los que blasfeman de nuestros Dioses. El Martir á esto respondiò: Si vuestros tormentos, como pensais, son terribles, è intolerables, y vuestros dones resplandecientes y magnificos, quales os parece que serán los dones de Dios, y quales los castigos y rios de fuego que tiene aparejados á los malos? Porque vuestro oro y plata, qué son sino polvo y lodo, y materia vil y sin fruto, y sujeta á los ladrones? Y vuestras vestiduras preciosas, qué son sino hilos y babas de gusanos, é invenciones de hombres barbaros? Tales, pues, son vuestras cosas; mas las de Dios, por el contrario, tienen deleytes inmortales y resplandor perpetuo, que no temen las mudanzas y vueltas del tiempo, ni saben qué cosa es vejez, sino siempre perseveran en la misma flor de su hermosura.

A esto respondiò Diocleciano: Pareceme, Clemente, que hablas bien, y sientes mal; porque con tus palabras tantas de la inmortalidad, y por otra parte pones tu esperanza en un hombre mortal, que es vuestro Christo: el qual dicen haber padecido innumerables penas por mano de los Judios, por los quales fue crucificado: mas nuestros Dioses son inmortales, y libres de toda molestia y dolor. Verdad es, dixo el Martir, lo que dices; porque cómo han de morir los que nunca vivieron? cómo han de sentir dolor los que carecen de sentido?

Indignado el Emperador con estas y otras semejantes palabras, dexa las palabras, y vuelse á los tormentos; y así mandó atar el Martir á una rueda, y traerle con grande impetu al derredor, y que en este mismo tiempo azorasen cruelisimamente al Martir con varas. Y quando la rueda le tomaba debaxo, quebrantabanle los huesos, y quando volvía á lo alto, descargaban los verdugos sobre él sus azotes. Mas él, estando en este tormento, volviòse á Christo, diciendo: Señor mio Jesu-Christo ven á ayudarme, y levantame del peso de este tormento, porque me han cercado dolores de muerte. Favoreceme, Señor, para gloria tuya y confesion de tu nombre, y para confu-

sion,

sion, y deshonra de tus enemigos, y para esforzarme á padecer por tí mayores dolores. Hecha esta oracion, luego cesó el movimiento de la rueda, y el tormento de los azotes, y todas las ataduras se soltaron, y el Martir fue restituido á su primera sanidad. Por donde muchos de los Romanos que asistian á este expectáculo se convirtieron á Christo, y comenzaron á dar voces, diciendo: Grande es el Dios de los Christianos. Mas el Martir decia: Doyte gracias, Señor mio, por haber querido que yo padeciese en esta gran Ciudad, y en presencia de tantos hombres por tu Unigenito Hijo, que tambien padeció por nosotros, y dió sangre en precio de nuestro cautiverio, y luego contó por sus nombres los Santos de Roma. En esra Ciudad, dixo él, San Pedro glorificó á Dios, y San Pablo le predicó, y Clemente (cuyo es mi nombre) le adoró, y el divino Onesimo le confesó, por quien ellos tambien padecieron: los quales aora son venerados de los Fieles, y de aqui á pocos dias lo serán de los Emperadores. Esto dixo, profetizando el fin y destruccion de la Idolatría.

Estas palabras encendieron mas la ira de Diocleciano; y por esto mandó, que le despedazasen la boca con unas puntas muy agudas de hierro, con lo qual los dientes quedaron movidos, y las mexillas quebrantadas: mas la voz del Martir nunca se reprimió, ni la libertad de hablar se remitió. Y diciendole los verdugos que callase, él no cesaba de hablar mas alto, hecho una estatua de metal, que mientras mas golpes le daban mas sonaba.

Por lo qual, fatigado el Emperador y desconfiado, mandó que le volviesen á la carcel. Mas la muchedumbre de aquellos que habian creido, asi hombres como mugeres, por el milagro de la rueda, juntandose todos en uno, entraron en la carcel, y postrandose á sus pies pedian con grande instancia el divino Bautismo. Movido, pues, el Santo con esta Fé y devocion, bautizó á todos, juntamente con sus hijos. Y á la media noche les apareció una vision celestial, que era una luz tan grande, que ni se puede explicar con palabras, ni la sufrían ver los ojos; la qual, asi como un relampago, esclarecia aquella carcel: y en medio de aquella luz apareció un hombre con muy alegre rostro, vestido de una resplandeciente vestidura; y llegando á Clemente, le puso en las manos un pan y un caliz; y hecho esto, desapareció, dexando á los que alli estaban atonitos y enmudecidos con esta vision tan admirable. Y conociendo el santo Varon ser esta la materia del Santisimo Sacramento, hechas sus oraciones, y pronunciando las palabras de la Consagracion, dió la santa Comunión á los que estaban ya bautizados. Viniendo, pues, otros muchos al Santo, y creciendo el numero de los Fieles, y haciendo Iglesia de la carcel, los carceleros dieron cuenta al Emperador, el qual mandó que los



prendiesen de noche, y si no quisiesen negar la Fé de Christo, los matasen sin ninguna remision. Siendo, pues, todos presos, holgaron mas de perder esta vida temporal, que negar á Christo, que nos crió, amó y murió por nosotros: y así, salidos fuera de la Ciudad, ofrecieron sus hijos al Señor, como unos santos sacrificios, sin que alguno faltase, sino solo uno, cuyo animo era mas juvenil; porque no quedó por huir de la batalla, sino para pelear con mayores dolores. Este era el admirable Agatangelo, de quien comenzaremos ya á tratar.

Mas Diocleciano, mandando traer ante sí á Clemente; y dandole á entender que estaba arrepentido de lo pasado, comenzó á alabar al santo Martir, y tratarle blandamente, para ver si por esta via le podia acometer. Mas viendo que nada aprovechaba, dexada aquella fingida mansedumbre, comenzó á descubrir su ponzoña, é imaginar otro terrible tormento, movido á esto por consejo de un hombre principal, llamado Anfion. Y el tormento era, que muchos hombres juntos travasen de sus miembros, de tal manera que los desencaxasen de sus lugares naturales; y demás de esto, que quatro verdugos juntamente le estuviesen azotando con nervios secos de toro.

Habiendo, pues, el Martir sufrido este tormento con admirable constancia, dixole Diocleciano: Veo, Clemente, que eres muy porfiado; mas no pienses que me has de vencer, porque aora te atormentaré con garfios de hierro, porque tambien tú eres de hierro, y careces de sentido como él, y quizá por esta via te despertaré de ese profundo sueño que duermes. Bien dices, respondió el Santo, ó Emperador, que duermo, porque duermo en dulce sueño: adormecióme Christo los dolores con la esperanza de los bienes venideros, y esforzandome á padecer por él mayor trabajo, el qual tambien me hace velar, y estar atento, para que hable libremente, y predique su santo nombre. Diciendo esto el Santo, mandó el Emperador á los verdugos, que dexasen de azotar al Santo Martir, y le levantasen en un madero, y rasgasen su cuerpo con garfios de hierro, hasta que le consumiesen todas las carnes, y estuviese todo desangrado, sin quedar mas que la armazon de los huesos. Hecho esto, mirando el Santo Martir qual estaba, y vuelto al tirano, dixo: No es este el cuerpo que tu despedazas, que ningun dolor siento quando despedazas, porque el cuerpo que me dió la naturaleza ya quedó consumido con los tormentos pasados, sin quedar parte de él: y este nuevo cuerpo, que aora despezastes, me dió mi Señor Jesu-Christo; y consumido éste, él me dará otro, porque no le faltará materia de que lo haga.

Dichas estas y otras muchas palabras, mandó el Emperador que le aplicasen hachas de fuego ardiendo, las quales eran deleytables al Santo, porque eran luz, que le alumbraba sin quemarle. Por lo qual,

qual, espantado el Emperador de tan grande fortaleza, y volviéndose á los que presentes estaban. Muchos (dixo él) de estos malaventurados Christianos tengo atormentados y muertos, mas nunca tal corazon, ni cuerpo tan robusto he visto como este. Por tanto yo determino enviarle á Nicomedia á Maximiano, compañero de mi Imperio, el qual pienso que tendrá las cosas de este hombre por un prodigio increíble; porque no pienso haber él visto jamás semejante constancia; y diciendo esto con grande admiracion, mandó que el Martir con sus prisiones fuese llevado por el mar á Nicomedia, para ser examinado de Maximiano, dandole cuenta por carta de lo que habia pasado primero con Domiciano, y despues consigo, diciendo, que eran cosas que sobrepujan toda la Fé, y fuerzas de la naturaleza humana; añadiendo mas, que si le pudiese vencer y traer á su Religion (lo qual él no esperaba) le haria gran placer en tornarsele á enviar, para muestra de su grande ingenio y prudencia.

Sacan, pues, al Santo de Roma, acompañandole muchos de los Fieles. Mas quién podrá explicar lo que ellos decian y hacian? Porque unos se postraban á sus pies, otros le tomaban las manos, otros abrazaban su cuello, y le besaban, derramando amarguisimas lagrimas por aquel apartamiento, otros se untaban con su sangre, y tocaban sus heridas, sin poder apartarse de aquel esclarecido Varon, mas fuerte que el mismo hierro. Y era tan grande el sentimiento de ellos, que hasta lo mismos Marineros, vencidos de compasion de tan doloroso espectáculo, dieron lugar y tiempo á aquella triste despedida. Llegandose, pues, ya la hora de navegar, apenas le podian dexar subir en el Navio los que le acompañaban, pareciendoles que se les arrancaban las entrañas.

Pero el Santo, haciendo oracion por la Ciudad, y por sí, comenzó á navegar. Mas qué hizo aquel Soberano Gobernador para compañía y consuelo de su Santo? Aquel mancebo Agatangelo (de que arriba hicimos mencion, que fue el primero de los que el Santo bautizó en la carcel, y se escapó del martirio de los otros) estando á la sazón en Roma, usando de toda la buena industria, se metió secretamente, y escondió en la misma Nao. Y navegados ya hasta doscientos estadios, estando los Marineros ocupados en su oficio, y el Santo Martir en un rincon puesto en oracion, llegó á él este mancebo, y postrado á sus pies, le dixo, que él era el primero de los que en la carcel habian sido por él bautizados, y escapado del martirio, y como venia allí inspirado por Dios á serle compañero en sus trabajos. Mas qué hizo aqui entonces el Martir? Bendeciale, abrazabale, hablabale con grande benignidad, mostrando tener las entrañas de gozo. Y luego comenzó á dar gracias al Señor por la venida de aquel mancebo, rogan-

gandole con mucha eficacia que le esforzase , para que fuese compañero de su confesion. Doyte gracias, decia él, Señor mio Jesu-Christo que eres mi unica consolacion y ayuda , pues ni en la tierra, ni en el mar me has desamparado, y defendido toda la vida, y recreado mi anima fatigada con los trabajos, y hecho consolador mio, por la manera que tú sabes. Porque aora en el mar me has consolado con este mi hermano Agatangelo, el qual con el nombre que tiene, me promete tu favor, porque Agatangelo quiere decir denunciador de buenas nuevas. Por tanto, concedeme, ó Rey mio, que él persevere hasta el fin fiel, y que tú le glorifiques con la confesion de tu Fé, y tú seas glorificado en él.

De esta manera estaban los Santos dia y noche en oracion, sin desayunarse, porque ningun cuidado habian tenido de hacer alguna provision, como personas que traían el Pan vivo, y el Agua de la gracia en sus animas, con que se sustentaban. Mas compadeciendose los Soldados y Marineros de tan largo ayuno, y ofreciendoles de comer, dieronles gracias por la buena voluntad que les mostraban, mas no quisieron tomar nada de ellos, diciendo, que lo esperaban de Dios, lo qual asi se cumplió. Porque no habia de faltar la providencia de un tan fiel Señor á tan fieles siervos. Y asi á primera noche les proveyó de mantenimiento por ministerio de Angeles.

Pasados muchos dias en la navegacion, llegaron á Rodas, y desembarcaronse muchos de los que navegaban, para proveerse de lo necesario: rogaban los Santos á los que quedaban en su guarda les diesen licencia para ir á la Iglesia de los Christianos. Era entonces dia de Domingo, y los Christianos que moraban en la Isla habian acudido á la Iglesia, y no faltó entre ellos uno que reconoció á Clemente, y lo hizo saber al Obispo de la Isla, que se llamaba Fotino; el qual sin detenerse, tomando consigo muchos de los Fieles que estaban en la Iglesia, llegó al puerto, y rogando á las guardas con grande instancia, que les quitasen las prisiones, y los dexasen venir á la Iglesia, alcanzó de ellos lo que pedia, y dando gracias á Dios, los llevó á la Iglesia, y abierto el Libro de los Evangelios, la primera cosa que se leyó fueron aquellas palabras del Salvador: No querais temer á los que pueden matar el cuerpo, y no pueden matar el anima. Con esta palabra se infundiò en el corazon de los Santos una dulcedumbre divina; y levantando los ojos y las manos al Cielo, hacian oracion con lagrimas de alegria: con lo qual enternecidos los animos de los que lo veian, derramaban tambien muchas lagrimas. Luego aquel piadoso y santo Obispo rogaba á Clemente, que celebrase los sagrados Misterios; y haciendo él este oficio, vieron (los que merecieron verlo) una brasa muy resplandeciente puesta en el Altar, y

muchos Angeles revolando encima de ella, y los que presentes estaban se postraron en tierra, no pudiendo sufrir con la vista tan grande resplandor.

Corriendo esta fama por la Ciudad, acudieron muchos de los Infieles, trayendo consigo sus hijos y parientes enfermos, echandolos á los pies del Santo; y otros tocaban sus manos, y así quedaban libres y sanos de enfermedades incurables: con lo qual tambien fueron curadas muchas animas de los Gentiles, viniendo por este medio en conocimiento de la verdad.

Espantados los Soldados de tan grande aficion, como toda aquella Ciudad tenia á Clemente, y recelando no intentasen alguna novedad, con que el Santo escapase de sus manos, vuelven á echarles las prisiones, y llevarlos al Navio; y sucediendoles buen tiempo, pasando el Mar Egeo, llegaron á Nicomedia, donde estaba Maximiano: el qual, recibidas las cartas del Emperador, que daban cuenta de lo pasado, y viendo el semblante del Santo, en el qual ninguna cosa vil ni baxa se mostraba, y conjeturando por su rostro la grandeza de su animo, no se atrevió á examinarle, sino fingiendo algunas causas y ocupaciones de guerra, cometió este negocio á un Presidente, por nombre Agripino. El qual, mandando parecer ante sí al Martir, le preguntó si él era Clemente, y respondió que sí, y que era siervo de Christo: mandó á los Soldados que le diesen un gran pescozon, diciendole, que se llamase siervo de los Emperadores, y no de Christo. Pluguiese á Dios, dixo el Martir, que todos vuestros Señores y Emperadores se llamasen siervos de Christo, y todas las gentes le sirviesen y obedeciesen, y no sirviesen á la maldad de vuestra supersticion. Encendido el Juez con esta respuesta, y concibiendo mayor ira de la que con palabras podia explicar, volvióse á Agatangelo y preguntóle: Tú quién eres? porque no hace de tí mencion la carta de Diocleciano? Entonces él, mirando al Cielo, y mirando á Clemente, porque de ambas partes esperaba socorro: Yo (dixo él) por la gracia de Dios soy tambien Christiano, y por medio de Clemente, siervo de Christo, alcancé este bienaventurado nombre.

Luego el Juez mandó levantar á Clemente en alto, y herirle, y cortarle los miembros; y á Agatangelo mandó azotar cruelisimamente con nervios de toro. Mas Clemente, sufriendo su tormento con grande y generoso corazon, sin hacer caso de sus llagas, hacia oracion por sí y por el compañero. Entonces el Juez, cesando de este castigo, y poniendolos en la carcel, mandó que se aparejasen para otro dia en el Teatro muchas diferencias de bestias fieras muy crueles. Entre tanto los Santos, estando en la carcel, perseveraban
con



con grande atención en la oracion; á los quales, viniendo los Angeles, los esforzaban y animaban al martirio: mas los presos que estaban por otras causas en la carcel, viendo la perseverancia de aquella oracion, y espantandose de la venida y consolacion de los Angeles, derribandose á los pies de los Santos, rogabanles que les diesen conocimiento de Jesu-Christo, y que no les tuviesen por indignos de que ellos tambien le confesasen. Estuvieron, pues, los Santos hasta la media noche enseñandolos, y doctrinandolos y amonestandolos, hasta que los dexaron muy bien instruidos y confirmados en la Fé, y purificados con el santo Bautismo. Luego Clemente con su oracion abrió las puertas de la carcel, y despidió todos los presos con mucha alegría suya y de ellos, quedandose él con su compañero solos en ella.

Este hecho alteró grandemente al Juez; y mandando sacar los Santos al Teatro, el primero, como Leon rabioso, comenzó á bramar contra ellos, y luego mandó sacar los Leones, y otras bestias fieras, las quales ningun mal hicieron á los Santos, antes los miraban con ojos alegres, y les lamian las manos, y los abrazaban, como hacen los perrillos quando sus señores vienen á sus casas de lexas tierras. Lo qual al Juez fue causa de grande admiracion y espanto, y desesperacion de no poder vencer á los Santos; mas á ellos fue causa de glorificar á Dios, diciendo: Gloria sea á tí, Christo, por quien las bestias fieras nos tuvieron acatamiento, y hiciste con nosotros lo que con Daniel en el lago de los Leones, pues lo mismo hiciste con nosotros, como verdadero Dios de Daniel.

Mas no por eso perdió nada de su furor aquella bestia fiera, antes mandó, que tomasen unas lesnas largas y agudas, y encendidas se las hincasen por las manos entre dedo y dedo, hasta llegar á la muñeca del brazo. Y no contento con esto, mandó, que les hincasen otras debaxo de los sobacos, que penetrasen hasta los hombros: mas el Pueblo, que presente estaba, no pudiendo sufrir tan grande inhumanidad, y por otra parte espantado, cómo los Santos pudieron resistir á tan grandes dolores, sin perder la vida con ellos, se alborotó de tal manera, que comenzaron á apedrear al tirano, y dar voces, diciendo: Grande es el Dios de los Christianos. Con esto el Juez echó á huir, y los Santos Martires se subieron seguramente á un monte, por nombre Pirami. Mas el tirano los anduvo buscando muchos dias, y finalmente los halló. Y luego mandó, que todos los devotos de sus Dioses acudiesen á aquel monte; y puesto él en su Tribunal, y traídos ante sí los Santos: Por qué, dixo él, con vuestros hechizos y encantamientos alborotasteis al Pueblo, y hicisteis que se levantase contra nos, y maldixese nuestros Dioses?

No-

Nosotros (respondieron los Martires) nada de eso hicimos, sino callando nosotros, la fuerza de la verdad les dió conocimiento de Dios, y así lo predicaron á grandes voces, como tú lo viste. Por tanto, si tienes otro tormento que executar en nosotros, no lo dilates, porque él es poderoso para librarnos de tus manos. Entonces el tirano, usando de otra nueva crueldad, mandó estender los Santos sobre una gran piedra que estaba en aquel monte, y quebrantar sus huesos, hiriendolos reciamente con unos maderos; y hecho esto, los metió así quebrantados en unos sacos, atando á la boca de ellos una grande piedra, y de esta manera los mandó arrojar de lo alto del monte por la ladera abaxo, por la qual iban rodando, y no pararon hasta caer en el mar, que llegaba á la raiz del monte. Los que presentes estaban creyeron que luego espirarian, y con esto algunos de los Fieles se llegaron á la playa, para ver si podian recoger algunas reliquias de ellos. Mas, ó admirable potencia y providencia tuya, Christo Rey nuestro! Porque habiendo estado los Santos por largo espacio debaxo del agua, aparecieron los sacos, viniendo sobre el agua, y allegandose á la ribera, y desatandolos, hallaron todos sus miembros sanos, y sin alguna lesion. Y no contento aquel piadoso Señor con este favor y regalo, á la media noche envió sus Angeles para que los recreasen del trabajo pasado, y les proveyesen de mantenimiento. Desde aí vinieron á la Ciudad, y contaron á los Fieles las maravillas de Dios, y levantando las manos al Cielo, le daban gracias de todo corazon.

Sabido esto por el Presidente, y viendo por experiencia, que era imposible vencer los Santos, y que muchos de los Gentiles, viendo estos milagros, se convertian á Christo, no se atrevió á pasar adelante, sino hizo saber al Emperador Maximiano lo que pasaba, diciendo, que los Martires eran naturales de la Ciudad de Ancira. Sabido esto por el Emperador, y recelando este combate, tomó de aquí ocasion para enviarlos á su Patria, encargandolo á un Presidente que allí estaba, por nombre Curcio, diciendo: Justo es, que la tierra que los engendró los tenga, y castigue. De esta manera la Divina Providencia cumplió lo que su Santo le habia pedido, que era acabar la vida en su patria, donde era Obispo, despues de haber corrido tantos mares y tierras. Llegando á la Ciudad, entró el Santo con grande alegria, diciendo: Gloria sea á tí, Señor mio Jesu-Christo, que oiste mi oracion, y me volviste á mi patria, y al sepulcro de mis mayores, y mas con este fruto de Agatangelo, compañero de mis trabajos.

Presentados los Santos ante el Presidente Curcio, tentó él primero de atraerlos con blandas palabras y alabanzas, concluyendo

su largo razonamiento, diciendo, que sacrificasen á sus Dioses, pues no podian dexar de padecer no lo haciendo. A esto respondieron los Santos Martires: Para qué nos amenazas con trabajos, pues éstos por amor de Christo nos son deleyte, ni tenemos compasion de nuestros cuerpos, sino de vuestras animas miserables, pues servís á unos Dioses, que ningun sentido tienen?

Embravecido con esto el Juez: Pues tanto, dixo él, os holgais con los trabajos, yo seré en esta parte muy liberal para con vosotros. Y haciendo encender un hierro puntiagudo, mandóle hincar debaxo de los sobacos de los Santos; y atandolos fuertemente los brazos, y hincando dos maderos en tierra, mandò atar á Clemente en el uno, y á su compañero en el otro, y los verdugos los herian agriamente en todas las partes de su cuerpo. Entonces el Juez, escarneciendo de ellos, preguntó si sentian aquellos tormentos. Al qual Clemente respondia lo que dice el Apostol: Quanto mas se corrompe nuestro cuerpo exterior, tanto mas se renueva y perfecciona el interior.

No contento con esto el tirano, mandó encender un capacete, y así encendido le hizo poner sobre la cabeza de Clemente, y luego el humo de las carnes abrasadas comenzó á salir por la boca, y por las narices y oidos. Entonces el Santo, dando un grande gemido, y llamando á Dios: O agua viva (dixo él) y lluvia de nuestra salud, enviame, Señor, una gota de tu rocío; y pues antes nos sacastes del agua, aora nos saca del fuego, y nos da tu refrigerio. Diciendo esto, poco á poco se fue enfriando el hierro, y los que herian á Agatangelo se cansaron. Aquí el tirano muy espantado, y atemorizado de lo que veía, mandó soltar los Santos Martires, y llevarlos á la carcel, disimulando la perplexidad en que estaba, con color de misericordia.

Mas aquella Santa Sofia, la qual diximos haber prohibado á Clemente, y hecho con él officio mas que de madre, viendo como, despues de tan largo tiempo, habia vuelto á su patria con el resplandor y hermosura de su gloriosa confesion, no cabia en sí de placer, esperando luego la corona que le habia de venir del Cielo. Vino, pues, de noche á la carcel, y abrazando á Clemente, y derramando muchas lagrimas, besaba con grande devocion sus manos y su rostro, y todos aquellos sagrados miembros, pidiendole que la diese cuenta de todos los caminos, y trances que habia pasado. Y dando él razon de todo esto, ella con unos lienzos limpiaba la sangre, y las heridas del Santo, y luego le dió de comer de los manjares que acostumbraba él comer en su casa.

Desesperado, pues, el Juez de poder vencer tan grande constancia, salióse fuera, y encomendó el negocio á otro Juez de los

Amésenos, por nombre Domicio: mas la santa Madre Sofia no podía apartarse con el cuerpo del que tenia abrazado su corazon, y asi vino muy alegre con aquellos muchachos, que como ya diximos, Clemente habia bautizado y doctrinado.

Sabido esto por Maximiano, mandó, que si los muchachos se apartasen de Clemente, los dexasen libres, y donde no, que los matasen. Dada esta sentencia, los Soldados trabajaban en apartarlos por fuerza del Martir; mas ellos resistian quanto podian, arrojandose en tierra, y abrazando los pies del Santo, con mayor constancia y prudencia de lo que pedia aquella edad: y asi todos alli quisieron antes morir que apartarse de su Maestro. Mas la piadosa Sofia, por el amor grande que les tenia, tomó muy á cargo la sepultura de los muertos, y asi con gran dolor se apartó de Clemente y de su compañero, por entender en la sepultura de estos inocentes, diciendo, que Dios daria orden como volviese á aquella tierra.

Llegando, pues, los Martires á la ciudad de los Amesenos, y haciendo oracion á Dios con devotas lagrimas, para que les ayudase en esta nueva batalla, fueron presentados ante el sobredicho Domicio; pero ellos estaban tan lejos de rehusar los tormentos que pretendian atraer á la Fé al mismo Juez. Sobre lo qual hizo Clemente un tan divino razonamiento, que el compañero Agatangelo, lleno de alegria, se derribó á sus pies: y levantandose de alli, abrazó y besó su faz con grande devocion. Mas el tirano, como estaba ciego y obstinado en su error, tomó las armas para pelear contra ellos.

Y para esto apartó el uno del otro, para que estuviesen mas flacos, pero esto le sucedió al reves, porque aunque estaban apartados con los cuerpos, estaban juntos con los espiritus. Mandó, pues, este tirano, que se hinchese una cisterna de cal viva, y que arrojasen en ella á los Santos, y puso á la boca dos Soldados en guarda, para que de noche no les sacasen de alli los Christianos; no sabiendo el loco, que el que guardó los tres mozos del horno de Babilonia, guardaria aqui sus siervos, como lo hizo; y asi estuvieron alli todo el dia, que era Viernes Santo, sin recibir daño alguno. Y no contento con esto, resplandeció sobre ellos toda la noche siguiente una lumbre del Cielo. Lo qual viendo los dos Soldados que los guardaban, movidos por el milagro de aquella luz, recibieron otra mas excelente luz en sus ánimas, con tan grande Fé y devocion, que saltaron en la misma cisterna, y se juntaron con los Santos. Luego por la mañana, creyendo el tirano que estaban ya muertos, mandó sacar sus cuerpos de la cisterna; y hallaronlos vivos y sanos, y con alegre rostro, y á los mismos dos Soldados con ellos, cuyos nombres eran Fegon y Eucarpo: los quales por mandado del tirano fueron luego

crucificados, honrandolos la divina Bondad con la imitacion de la muerte de Christo, y corona del martirio.

Mas Clemente y su compañero pasaron su carrera, y el tirano mandó, que les sacasen dos correas de las espaldas y los azotasen cruelmente; y viendo que nada de esto aprovechaba, mandó traer dos lechos de hierro, y poniendoles mucho fuego debaxo, y echando sobre ellos azeyte hirviendo, y pez derretida, y piedrazufre, les pareció al tirano y à todos, que serian muertos; y asi les mandó quitar de estas camas, y echar en el rio. Mas ellos dormian en ellas un dulce sueño, en el qual se les apareció Christo, acompañado de Angeles, diciendoles que no temiesen, porque él estaba con ellos.

Viendo esto Domicio, y espantado de lo que habia visto, y no sabiendo ya mas que hacer, vuelvelos á enviar á Maximiano, que de Tarso habia venido á Ancira. Van, pues, los Santos este camino, siguiendolos, junto con los Soldados de guarda, muchos Fieles. El camino era largo y desierto, y tan falto de agua, que padecian todos gran trabajo de sed: mas el santo Martir, lleno de una vivisima Fé y confianza, hizo oracion á nuestro Señor, y á la hora rebentó una fuente en aquel desierto, con que todos fueron recreados. A la fama de este milagro concurrieron todos los enfermos de aquella comarca, y á todos dió entera salud el Martir, tocandolos con sus manos.

Y considerando este Santo las maravillas que Dios obraba cada hora por él, y con quanto regalo y providencia acudia al tiempo de las mayores necesidades, encendiendose en su corazon una tan grande llama, y fuego de amor de Dios, y una tan gran sed, y deseo de padecer por un tan bueno y tan fiel Señor, hizo una oracion devotissima á Jesu-Christo, suplicandole con grande instancia, que todos los dias que viviese siempre padeciese trabajos y dolores por su amor, sacrificando todos los miembros de su cuerpo en su servicio. Y acabada esta oracion, parecióle que oía una voz de lo alto que le decia: Concedido se te ha, Clemente, lo que pediste; esfuerzate y aparejate para pasar constantemente esta carrera, porque con el tiempo que has batallado, y con el que te queda por pasar se te contarán veinte y ocho años de martirio.

Alegre, pues, con esta respuesta el Santo caminaba para Ancira; y sabiendo los Soldados, que todavia el Emperador estaba en Tarso, Lugar de Cilicia, llevaron alli los Santos, y presentaronlos al Emperador, el qual comenzó primero á tratarlos con palabras blandas, y grandes promesas, pretendiendo atraerlos á su falsa Religion; mas ellos, por el contrario, pretendian con palabras divinas atraerle á la suya, profetizando que los sucesores de su Imperio habian de

de ser honradores de Christo. Indignado con esto Maximiano, y dexadas muchas palabras que se pasaron de parte á parte, mandó hacer una grande hoguera y echar en ella los Santos. Mas el Señor que guardó aquellos tres santos mozos en el horno de Babilonia, guardó tambien á estos; de tal manera, que estando ellos dia y noche en aquella hoguera, nunca el fuego pudo dañar aquellos miembros, dedicados á Dios, reconociendo y honrando la criatura á los siervos de su Criador.

Espantado Maximiano de esta maravilla, y viendo como los Santos estaban en medio de la hoguera, levantadas las manos y los ojos al Cielo, dando gloria á Dios, mandólos sacar de alli, y presentarlos ante su tribunal: Ruegos, dixo, que si quiera en esto me hagais la voluntad, que es hacerme saber con qué linage de encantamientos habeis reprimido la virtud del fuego? No, dixeron ellos, ó Emperador! con encantamientos, sino con la virtud de aquel Señor, que nos prometió, diciendo: Estando en el fuego no te quemarás. Entonces el tirano mandó á los verdugos, que públicamente los arrastrasen y hiriesen hasta matarlos. Mas tambien esto sucedió mal al tirano; porque viendo muchos de los Gentiles, por una parte la generosidad de aquellos corazones, y la libertad con que hablaban al Emperador, y su fortaleza y constancia invencible, y por otra considerando que entre tantos tormentos conservaban la vida, reconociendo aqui el dedo y la virtud de Dios, renegaban de sus Dioses, y se volvian á Christo.

Luego el Emperador, no sabiendo ya mas que hacer, mandó, que asi como estaban atados los llevasen á la carcel, y estuviesen por espacio de quatro años en ella presos, pareciendole que el tiempo y la prision tan larga domaria á los que ni el fuego, ni el hierro habian podido domar. Pasados los quatro años, salieron de la carcel muy esforzados para su confesion; porque el deseo y amor de Christo, y la esperanza cierta de los bienes venideros les hacia parecer la carcel un Palacio Real.

Sabido esto por Maximiano, desconfiado de la victoria, y dando á entender ser estos hombres indignos del Tribunal imperial, no se atrevió mas á examinarlos; y por esto cometió el examen á un cruelisimo Sacerdote de los Idolos, muy exercitado en atormentar Christianos, y grande oficial de pervertir corazones. A éste cometió este cargo; y para mas incitarle á todo genero de crueldad, dióle á entender, que los Jueces pasados habian sido vencidos mas por su propia flaqueza, que por el esfuerzo y animo de los Santos. Comenzó luego este oficial de Satanás á usar de las artes que su maestro el demonio le habia enseñado, acometiendo á los Santos, ya con pro-

me-



mesas, ya con amenazas, ya con blandura de palabras, y con muestras de amor y buena voluntad, dandoles á entender que le pesaba de sus trabajos pasados.

Mas viendo que nada de esto aprovechaba, mandó que azotasen tan cruelmente las espaldas y ombros de los Santos, de tal manera, que consumida toda la carne, se les parecian todas las junturas y armazon de los huesos. Y acabado este tormento, viendo que los Santos por su pie se volvian á la carcel, corrido de verse vencido, y casi desmayado, fue llevado por los brazos á su posada. Y caminando los Santos á la carcel, acudieron de todas partes los Fieles á coger las reliquias de los pedazos de la carne y sangre que de ellos corria, como un precioso tesoro: aqui tambien el mal Sacerdote, con todos sus artificios y engaños, desconfió de poder vencer los Santos. Sabido esto por Maximiano, hizo burla del Sacerdote, diciendo: Este es el que me alababan?

Estaban muchos hombres principales á la sazón con el Emperador, entre los quales hubo uno, por nombre Maximo, que movido con ira y saña, por lo que oía, rogó al Emperador le entregase los Santos, porque tenia confianza que los sacaria de su proposito, ó á lo menos los mataria. Este fue el octavo tirano; y entremetiendose algunos dias en medio, trataba con ellos muy amigablemente, vendiendoseles por muy grande amigo, y que como tal les queria dar consejo saludable; y llamandolos ante sí: Dios os salve, dixo, hombres amados de los Dioses inmortales, los quales os tienen en lugar de hijos muy queridos. Porque muchas veces hablaron conmigo, y me parecieron en sueños, reprimiendo la ira que tenian contra vosotros, no por otra causa, sino porque esperan la mudanza de vuestro proposito, que de aqui á poco será, como esta noche me lo reveló el gran Dios Dionisio, y me mandó que os llamase. Veis aqui, pues, el Altar aparejado, y tambien los sacrificios: por tanto llegad y sacrificad á los que tanto os aman. A esto respondieron los Santos: Falso es, ó Juez, lo que dices; porque aqui no conocemos mas que dos Dionisios, uno de piedra y otro de metal; porque ninguno tiene vida ni sentido, y el uno se puede quebrar, ó convertir en cal, y el otro fundirse para hacer de él vasos de servicio.

Viendo, pues, el tirano que no servian sus artes pasadas sino para poner macula en sus Dioses, quitada la máscara de amigo, descubrió la de enemigo; y así mandó hacer una cama sembrada de muchas puas muy agudas de un pie en alto, y hizo acostar de espaldas á Clemente sobre ellas; y mandó á los verdugos, que con palos gruesos le estuviesen hiriendo reciamente en el vientre, y en los pechos, para que así se hincasen mas las puas en las espaldas. Mas con todo

este tormento el Santo Varon, ni perdió la vida, ni la confianza en la promesa del Señor, que le prometió que con ningun tormento de estos moriría.

Mas al compañero Agatangelo mandó echar plomo derretido sobre su cabeza, lo qual él sufrió con admirable constancia. Por donde así el tirano, como los demás que con él estaban, espantados de ver vivo á Clemente, estando su cuerpo por ambas partes despedazado, y tan desfigurado, que no parecia ser hombre sino porque hablaba, apenas podian creer lo que veían. Pero el Martir, mirando al tirano, le dixo: Aora conocerás, que no solo nuestro cuerpo pelea contra vosotros, sino tambien nuestro Dios; pues por singular providencia suya no consiente que el anima se aparte de nuestros cuerpos.

Desesperado, pues, ya este tirano, hizo saber todo lo que habia pasado á su Emperador, el qual mandó, que los Santos fuesen encerrados en la carcel, y que no se les diese de comer, para que así muriesen de hambre.

Pero con todo esto los malvados, teniendo tan larga experiencia de la fortaleza de los Santos, no perdian la esperanza de vencerlos. Porque estando presente con el Emperador Afrodasio, natural de Persia, quando se le daban estas nuevas (el qual habia martirizado muchos Christianos) parecióle, que alcanzaria grande gracia con el Emperador si acabase lo que ninguno de los otros Jueces habia acabado. Y para esto convidó á los Santos á una magnifica cena, para aliviar con esto los trabajos pasados, y atraerlos á si blandamente con este regalo. Mas ellos, como muy devotos de la virtud de la abstinencia, dixeron, que se mantenian con pan del Cielo, del qual quien comiere no padecerá mas hambre, sino vivirá eternamente; porque alli se nos está aparejada una buena cena. Enojado el tirano con esta respuesta: Vuestra cena, dixo él, será muerte con dolor, á la qual yo os convidaré mañana.

Mandó luego otro dia traer dos piedras de tahona, y atarlas á los cuellos de los Santos Martires, y traerlos arrastrando por medio de la Ciudad, dandoles otros de pedradas, y diciendo los pregoneros con voz alta: Obedeced á los Dioses, y á los Emperadores, y quien esto no hiciere, así será castigado. Esto hacia el tirano por quebrantar los espiritus de los Santos, y levantar la Ciudad contra ellos. Mas salióle en blanco su esperanza; porque viendo los Gentiles la alegria del rostro de ellos, y la fortaleza de sus cuerpos, que con tantos dolores todavia estaban vivos, tenianlos por hombres impassibles, é inmortales; y así, dexada la idolatría, glorificaban al Dios que tal fortaleza y animo les habia dado. Y viendose el Juez ya del todo desesperado, escribió al Emperador lo que pasaba, el qual, perdida tam-

tambien la esperanza, condenólos á carcel perpetua, para que asi enflaquecidos acabasen la vida.

Estando, pues, mucho tiempo en la carcel, muchos otros Fieles padecieron martirio antes de ellos. Mas las guardas de la carcel, cansados de aquella guarda tan prolija, fueron á otro nuevo Emperador, por nombre Maximino (que entonces comenzaba á imperar) á preguntarle, qué mandaba hacer de aquellos Christianos presos, que parecian inmortales. El tirano, blasfemando primero de sus Dioses, porque no habian podido quitar la vida á aquellos sus enemigos, y preguntando de donde eran naturales, y sabiendo que eran de Ancira, enviólos á Lucio, que era Presidente en aquella tierra. Y con esto Dios nuestro Señor rodeó las cosas de tal manera, que despues de tantos caminos viniese á cumplirse la peticion de Clemente, que era acabar la vida en su patria.

Llegados á ella, el Juez, sin hablarles palabra, los encerró en la carcel, atandolos de tal manera, que estaban como envarados, sin poderse mover, ni estender las piernas. Y el dia siguiente, llamando á Agatangelo, le dixo: Yo sé que tú, no por ignorancia, sino por la facilidad y simplicidad de corazon, te dexaste engañar de este Clemente; pues de esta misma facilidad te debes aora aprovechar para hacer nuestra voluntad, y corresponder á la significacion de tu nombre, dandonos buenas nuevas con la mudanza de tu conversion. A esto respondió Agatangelo: Esta constancia que ves en mí ho nace de esta facilidad, ó simplicidad que dices; porque si yo esa tuviera, cómo pudiera resistir á tantos Jueces, y al mismo Emperador, y á tantas invenciones de tormentos, con que nos pretendiades vencer, y á tantos artificios de promesas y palabras con que nos queriades engañar? Asi que no debes llamar esto facilidad, sino verdadera sabiduría, la qual tiene mas cuenta con los bienes eternos, que nunca se mudan, que con estos temporales, que cada dia van y vienen: y ésta nos hace despreciar vuestros falsos Dioses, y adorar al verdadero Dios; y por esta causa tenemos la muerte por un sueño que pasa: así que no es solo Clemente el que me ha convertido, sino mucho mas Christo, que por medio de él me llamó: ni él me engañó, sino antes me libró del engaño en que vivia; y así ruego á Dios que desengañe á vosotros, para que de esta manera os sea yo alegre mensagero de la verdad.

Visto el Juez quan mal le había sucedido este primer encuentro, mandó hincar al Santo unas puas muy encendidas por las orejas, y aplicarle unas hachas ardiendo por los lados. Lo qual todo sufría el Martir fuertemente, haciendo oracion, y diciendo: Señor mio Jesu-Christo, no permitas que yo sea privado del fruto de aquellos bienes in-

inmortales, sino dadme fortaleza y paciencia, para que acabada esta jornada de mi confesion, me juntes con tu siervo Clemente, y con todos aquellos que por tu glorioso nombre pelearon. Oyó el Señor desde lo alto esta petición. Por lo qual, viendo el Juez que era por demás todo quanto hacia, apartando al Martir á un lugar, por nombre Criptos, le mandó cortar la cabeza á los cinco dias de Noviembre, habiendo primero batallado con dos Emperadores, Diocleciano y Maximiano, y con los Magistrados Agripino, Curcio, Domicio, y con el Sacerdote de los Idolos, y con Maximino, Afrodisio y Lucio.

Mas aquella piadosa y santa madre Sofia, que entrañablemente le amaba, despues que vió el fin glorioso de su martirio, y se vió libre de los cuidados y temores que por él padecia, abrazó su cuerpo con grande alegría, y le sepultó á la entrada de una Iglesia que alli habia. Pero el santo Clemente, sabido el fin glorioso de su fiel discipulo y compañero, no cabia en sí de placer, glorificando á Dios por este beneficio.

Mas el cruel tirano, no contento con tener de aquella manera preso y apiolado al Santo, mandó que cada dia le diesen ciento y cinquenta heridas en el rostro y en la cabeza. Y padeciendo él esto cada dia, todo su cuerpo y el suelo estaba bañado de sangre. Mas de noche acudieron los Angeles con una grande luz y claridad, y curaron sus llagas. En esta sazón, la piadosa y santa madre Sofia, que de todo corazon amaba á aquel Santo que ella habia prohiado, encendida con un grande zelo del amor de Christo, juntando consigo todos sus familiares y los mozos que ella habia criado, entrando en la carcel, desató al Martir, y le sacó de ella; y luego le vistió de una ropa blanca, y ella tambien en señal de alegría se vistió orra del mismo color, poniendole en la mano el santo Evangelio, y con muchas velas encendidas y perfumes olorosos, entró con él en la Iglesia, proveyendo quien le llevase de un brazo para poder andar. Y sintiendo Clemente en este camino que el Señor le queria llamar, levantando una mano á lo alto, porque en la otra tenia el Evangelio, hizo primero oracion por su madre Sofia, y luego por sus Clerigos y Pueblo, y por todos aquellos que despues de su acabamiento pidiesen á nuestro Señor mercedes por él. Y de esta manera entró en la Iglesia, cerrando todos con mucha diligencia las puertas por temor de los adversarios. Amanecido, pues, el dia glorioso de la Epifania, celebró el Santo Obispo los sagrados Misterios, y dió el divino Sacramento á los que estaban aparejados, y los recreó con las palabras de su doctrina. Y como ellos estuviesen temerosos de la violencia de sus contrarios, los esforzó, diciendo, que ninguno de ellos pereceria: mas dos de vosotros, juntamente conmigo, partiremos de esta vida, y luego cesará esta

esta rabia y furor de los Gentiles, y sucederá una nueva paz en el Imperio de los Romanos; y todas las Ciudades y tierras se henchirán del conocimiento de Christo, y se abrirán las Iglesias, y cerrarán los templos de los Idolos, y huirán los que los adoran, y padecerán los temores que vosotros aora padeceis: y esto se cumplirá muy presto, y algunos de vosotros lo vereis.

Diciendo esto el Martir á la santa Sofia, amadora de los Martires, estaba tan llena de alegría por amor de su hijo Clemente, que llevó a su casa todas las viudas y huérfanos, á los quales por espacio de doce días les daba de comer abundantemente, y á todos los demás que sobrevinían: y todos ellos festejaban estos días, honrando la venida de su Pastor.

En esto se llegaba el día del Domingo, en que el Señor quería llevar para sí á su siervo. Fue él este día á la Iglesia, y celebrada su Misa, y dada la sagrada Comunión á los Fieles, entró uno de los Magistrados, acompañado de Soldados, con grande ímpetu y furor en la Iglesia, y mandó á uno de sus Soldados que cortase la cabeza á Clemente; y así estando él sacrificando, fue ofrecido al mismo Dios en sacrificio. Mas los que presentes estaban se fueron con muchas lagrimas: y solos dos Ministros que asistían al sacrificio, de los quales el uno se llamaba Christoval y el otro Cariton (como el Santo había primero dicho) par de aquella sagrada Mesa fueron con él sacrificados.

Mas su fiel Madre Sofia, encerrando aquel santo cuerpo en un lugar de su casa muy seguro, perdidos ya los cuidados y temores con que vivía, encendiendo muchos cirios, envolvió el sagrado cuerpo en un lienzo muy limpio, y le sepultó en la Iglesia donde fue sepultado su compañero Agatangelo, para que tuviesen los cuerpos un mismo sepulcro, cuyas animas ya moraban en el Cielo; y junto á Clemente sepultó los dos Diaconos que con él habían padecido; y sentada par del sepulcro de los Santos, decía con entrañable afición estas palabras: Yo, hijos míos, os sepulté en este lugar secreto, mas Christo os publicará y dará descanso, por cuyo amor tantos trabajos padecisteis: ya á mí la vejez me llama á vuestra compañía, la qual se ha dilatado hasta aora para recibir vuestros cuerpos y sepultarlos: y con muchas lagrimas decía: Rogad al Señor por mí, que fui vuestra madre y vuestra ama, para que así como aquí estuve con vosotros, así allá esté en vuestra compañía cerca de vosotros.

F I N.

Reimprimase.
Dr. Adell, Vic. Gen.



Reimprimase.
Eulate, Regente.